

EL GENERAL BELGRANO Y LAS PROVINCIAS ALTAS

Eduardo Trigo O'Connor d'Arlach¹

En la segunda mitad del siglo XVIII, la Corona española enfrentaba diversas dificultades de carácter político y diplomático que influyeron para que el monarca Carlos III creara, a través de la Cédula Real de 1 de agosto de 1776, el Virreinato del Río de la Plata, también conocido como Virreinato de Buenos Aires. A Pedro de Ceballos le fue conferido el cargo de Virrey Gobernador Capitán General y Superior Presidente de la Audiencia de La Plata; en consecuencia su jurisdicción abarcaba los territorios que dependían de Charcas.

A este Virreinato se anexaron los territorios de La Paz, Charcas, Potosí y Cochabamba, más dos gobernaciones militares: Mojos y Chiquitos.

Cuando a principios del siguiente siglo se dio el movimiento emancipador, el prócer argentino Manuel Belgrano fue nombrado jefe del Ejército del Norte el 27 de febrero 1812. Después de las victorias de Tucumán (1812) y Salta (1813), Belgrano planificó marchar hacia el Alto Perú, pues el objetivo de los patriotas era expandir las ideas de libertad que se manifestaron en el Virreinato del Río de la Plata y llegar hasta el río Desaguadero.

Belgrano demoraba su salida porque estaba dedicado a la reorganización de sus fuerzas, además esperaba nuevos alzamientos en el Alto Perú como consecuencia de las victorias resonantes que había obtenido en Tucumán y en Salta. El historiador Emilio A. Bidondo, en su libro *Alto Perú, insurrección, libertad, independencia* relata que “el gobierno de Buenos Aires, convencido de la necesidad de aliviar la crítica situación de los altoperuanos, instó a Belgrano a proseguir cuanto antes su marcha hacia el Norte. Los oficios del 13 de abril y el 10 de mayo eran perentorios; pero el Ejército Auxiliar aún no estaba en condiciones de enfrentar a los realistas del Alto Perú, pues las bajas producidas en Tucumán y Salta –por victoriosas que ellas habían sido– fueron de cierta magnitud y no era fácil incorporar hombres con el indispensable adiestramiento”.

Belgrano salió de Jujuy en mayo de 1813 precedido en el avance “por una ‘división de vanguardia’ con unos mil hombres al mando del coronel Eustaquio Díaz Vélez, quien tenía por misión ocupar Potosí para controlar que los realistas de Oruro –allí se había reunido un fuerte contingente enemigo– no avanzaran hacia el sur. Además, Díaz Vélez debía apoyar el alzamiento de los altoperuanos en las regiones de Chicas, Potosí y Cochabamba”.

La división encabezada por Díaz Vélez ocupó Potosí el 17 de mayo de 1813 donde fue recibido con júbilo. Paralelamente, Belgrano dirigió una proclama a los pueblos: “Habitantes del Alto Perú, los vencedores de Tucumán y Salta, vuestros hermanos, han venido a protegeros contra los tiranos de Lima que nos tenían esclavizados (...) no omitáis medio alguno de hostilizar al enemigo y dar firmeza al gran sistema de nuestra libertad, que siguiendo las bases de la religión, la justicia y del orden público, la victoria será nuestra y no quedará ni memoria de los tiranos”².

Finalmente, Belgrano hizo su entrada triunfal a Potosí el 21 de junio de 1813. El recibimiento que se le brindó fue apoteósico. Junto a él estaban los coroneles Juan Antonio Álvarez de Arenales, Manuel Ascencio Padilla e Ignacio Warnes. Se le tributaron grandes honores y se prepararon actos sociales con el fin de exteriorizarle aprecio y adhesión. Las

¹ Abogado, diplomático, docente universitario. Fue embajador de Bolivia en Buenos Aires, es académico de número de la Academia Boliviana de la Historia y correspondiente entre otras de la Real Academia Española.

² Proclama citada por Emilio A. Bidondo en *Alto Perú. Insurrección, Libertad, Independencia*. Se la puede consultar en la Gazeta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires.

damas le obsequiaron una placa de plata artísticamente labrada que él la donó al Cabildo de Buenos Aires.

El jefe argentino, desde su instalación en el Alto Perú, se propuso establecer una eficiente administración, tanto en el campo civil como en el militar; ámbitos en los cuales estuvo siempre presente su fervorosa religiosidad.

Entre las principales medidas que adoptó, dividió la intendencia de Cochabamba, designó al coronel Juan Antonio Álvarez de Arenales, jefe de esa jurisdicción y a la de Santa Cruz de la Sierra, a la que se sumarían los territorios de Moxos y Chiquitos, fue destinado como gobernador el coronel Ignacio Warnes. El salteño Apolinario Figueroa, fue nombrado gobernador de Potosí. El coronel mayor Francisco Ortiz de Ocampo, natural de La Rioja, por disposición tomada en Buenos Aires, asumió la presidencia de Chuquisaca.

Belgrano consideraba que la nueva administración debía estar basada en principios de unión, virtud y justicia, con consideración a la idiosincrasia de los pueblos, dar impulso a la educación y la cultura más el respeto a la fe católica y a las buenas costumbres. Este ideario contrastaba con la política impuesta por Castelli -que comandaron el primer Ejército Auxiliar al Alto Perú- y los jacobinos que causó tanto dolor y daños irreversibles, especialmente en lo que concernía a la unidad del virreinato del Río de la Plata.

En el campo militar tuvo la preocupación de establecer una efectiva disciplina y lograr el aumento de sus efectivos. Hizo reclutar combatientes en Chuquisaca y Potosí. Esteban Arze y Manuel Ascencio Padilla reunieron diez mil criollos e indios bajo la conducción de Baltazar Cárdenas quienes, aunque estaban precariamente armados con hondas y makanas, recibieron instrucción militar.

El apoyo popular que se tributó a Belgrano fue inmenso y procedente de todos los sectores sociales, incluidas las masas indígenas. Su prestigio llegó a diferentes confines como la alejada zona chaqueña.

Cumbay

En 1813, dentro del escenario de la lucha por la independencia, aparece la figura del cacique Cumbay quien entrevistó a Belgrano en Potosí y le ofreció el apoyo de sus tropas chiriguanas originarias del Chaco.

El historiador francés Thierry Saignes expresa que este cacique en 1799 se presentó a la Audiencia de Charcas para denunciar el perjuicio que causaban unos estancieros vecinos en sus tierras del Ingre, conflicto entre ganaderos blancos y mestizos y los agricultores indígenas. Estuvo en estado de guerra durante varios años; en 1805 las milicias españolas de Tomina y Santa Cruz se unieron con el propósito de someter al caudillo guaraní quien era considerado el enemigo más encarnizado de los blancos.

El investigador Guillermo Ovando Sanz a través de un trabajo realizado en el Archivo del general Bartolomé Mitre de Buenos Aires, y que tomó como base la memoria del coronel Mariano Díaz, relata detalles de la entrevista que Belgrano sostuvo en la Villa Imperial con Cumbay, a los pocos días de su llegada.

Belgrano -dice- recibió un informe de La Plata en sentido de que un general Cumbay deseaba conocerle y se preparaba para hacerle una visita. El historiador Thierry Saignes, relata que Cumbay “era considerado en el territorio que mandaba como un personaje regio, pues tenía a sus órdenes un número considerable de indios que le obedecían como a un príncipe”. El general argentino contestó que recibiría la visita con mucho placer.

Cumbay arribó acompañado de dos hijos menores, un intérprete y 20 flecheros. Belgrano le esperó en la cuesta de San Roque y le brindó un magnífico recibimiento, le hizo entrega

de un caballo blanco enjaezado con herraduras de plata. Por la noche le ofreció un banquete y un baile, al siguiente día le hizo presenciar un simulacro de las fuerzas patrióticas. El cacique aceptó las felicitaciones de todos los jefes a los que contestaba lacónicamente está bien. Preguntado por Belgrano sobre su opinión en torno a la parada militar, aunque asombrado le contestó que con sus indios desharía todo aquello en un momento.

El jefe argentino le obsequió a su huésped varios vestidos para sus esposas, bordados en oro y plata, para él un gran uniforme y una hermosa esmeralda engarzada en oro para que la colocara en la perforación que tenía en el labio inferior (tembeta).¹⁵⁴

El cacique al referirse a Manuel Belgrano dijo que no lo habían engañado, que era muy lindo y que según su cara así debía ser su corazón. Al despedirse le ofreció 2000 indios para que fueran incorporados a la lucha contra los españoles.

Pezuela, nuevo jefe español

Al virrey del Perú Fernando Abascal y Souza le afectaron las derrotas sufridas en Tucumán y Salta, estuvo en desacuerdo con la retirada de las tropas realistas de Potosí para acantonarlas en Oruro; hechos que le indujeron a llevar adelante una reestructuración en el mando militar.

Ante diversos desórdenes que se habían presentado, José Manuel de Goyeneche, que se hizo cargo del mando de las tropas realistas decidió dejar el ejército y delegó el mando, en forma interina, en el brigadier Juan Ramírez. Esta situación se produjo cuando la vanguardia del ejército patriota ya había ingresado al Alto Perú.

La renuncia de Goyeneche favoreció los proyectos del virrey de Lima quien nombró como nuevo jefe al general Juan Henestrosa, que no llegó a asumir por las múltiples exigencias que planteó y que no le fueron satisfechas.

En esta situación, el representante de la Corona nombró a Joaquín de la Pezuela, General en Jefe. Se trataba de un hábil oficial de artillería que había participado en las guerras de España contra Gran Bretaña y Francia. Se encontraba en Perú desde 1805, donde actuó en la reorganización de las fuerzas militares.

Vilcapugio

Los realistas que se encontraban en Oruro en una posición que resultó muy favorable, iniciaron una serie de movimientos que inquietaron a Belgrano, quien tomó la decisión de enfrentarlos. Envío al cacique Baltasar Cárdenas para que al frente de 2000 indios se dirigiera desde Ancacato hasta Pequereque para atraer al enemigo; en la marcha fue interceptado por Saturnino Castro, salteño al servicio de los conquistadores, quien le derrotó el 20 de septiembre. La información que llevaba Cárdenas le fue arrebatada, hecho determinante para el desarrollo de los acontecimientos puesto que contenía los detalles del plan militar de Belgrano que, de esta manera, fueron conocidos anticipadamente por el jefe español.

Belgrano decidió mover sus tropas; en consecuencia salió de Potosí el 5 de septiembre con 3.500 hombres y 14 piezas de artillería; llegó a la pampa de Vilcapugio donde acampó el 27 de septiembre. Allí esperaba la llegada de refuerzos a cargo de Cornelio Zelaya y Baltazar Cárdenas.

Pezuela, que comandaba a las fuerzas realistas desde el 7 de agosto, contaba con 4.000 hombres y 18 piezas de artillería y ante la información que recibió decidió precipitar el ataque, antes de que arribara la tropa de Zelaya que aguardaba el jefe porteño. Comenzó

en horas de la noche un sorpresivo descenso hacia la planicie donde se encontraban las fuerzas insurgentes.

En tempranas horas del 1 de octubre de 1813 las huestes rivales se enfrentaron en el campo de Vilcapugio. El combate fue terriblemente cruento; en la conducción patriótica afloraron indecisiones que precipitaron el repliegue y, en consecuencia, una desastrosa derrota después de siete horas de lucha.

Las bajas en ambos bandos fueron considerables. Belgrano perdió a jefes distinguidos. Murieron 300 combatientes y el enemigo se apoderó de toda la artillería. Pezuela también fue afectado severamente, se estimó que el número de muertos y heridos superaba a los 500 hombres.

Belgrano inició una triste retirada a la cabeza de la esmirriada tropa que le seguía; el 5 de octubre llegó a Macha, donde estableció su cuartel general, allí empezó a trabajar febrilmente en la reorganización de su ejército. A este lugar confluieron los refuerzos enviados desde Cochabamba, Chuquisaca y Chayanta, ésta última una localidad de población indígena que apostó con hombres, mujeres y niños lo que movió a Belgrano a expedir un bando por el que hacía conocer la disposición de distribuir las tierras del común, medida que acrecentó su popularidad entre las masas de la región.

Ayohuma

Belgrano, después de superar muchas dificultades, logró formar en Macha una hueste de 3400 hombres.

Esta admirable y rápida organización del ejército patriota, se debió a la energía, actividad, constancia y talento del héroe argentino, que a la vez que formaba ejércitos y los disciplinaba de un modo brillante, sabía con sus escritos atraerse la voluntad de los pueblos, haciendo simpática su causa. En quince días de permanencia en Macha, pudo formar un ejército con el que inspiró a todos la seguridad de la victoria.

El ejército patriota se situó en la llanura de Ayohuma, alentado con los refuerzos que recibió Belgrano; existía un marcado optimismo pero la fuerza realista eficientemente comandada por Joaquín de la Pezuela se hizo presente en el campo en la madrugada del 14 de noviembre de 1813. La batalla se prolongó por varias horas con centenares de muertos y heridos. El Ejército Real del Perú fue autor de una sangrienta derrota infringida a las fuerzas patrióticas.

Este contraste —dice Bartolomé Mitre— más severo que el de Vilcapugio, fue debido en gran parte a la ciega confianza de Belgrano antes de la batalla y a sus errores en el curso de ella; aunque entró por mucho la superioridad de las aguerridas tropas españolas, con mejores jefes y oficiales que los del ejército argentino y, sobre todo, la superioridad inmensa de su artillería. El cargo más serio que puede hacerse a Belgrano es no haber sabido aprovechar de las faltas de su contrario, atacándolo en la bajada de la cuesta; y después no haber tomado ninguna disposición acertada para neutralizar las maniobras que dieron por resultado la derrota.

Belgrano nuevamente en Potosí

Consumada la derrota en Ayohuma, Belgrano decidió retirarse con el resto de sus tropas a Potosí, ciudad a la que llegó el 16 de noviembre. “La recepción que le hizo el pueblo fue grave, digna y melancólica, como lo fue la actitud de los patriotas al penetrar por las calles que setenta días antes habían atravesado confiados en la victoria”, escribe Tomás O’Connor d’Arlach.

Manuel Belgrano pese al desastre experimentado, mantuvo su alto espíritu patriótico y pensó reorganizar sus fuerzas, fortificarse en la Villa Imperial y enfrentar nuevamente al enemigo. Los oficiales que le acompañaban, después de analizar la situación que se vivía como consecuencia del avance que hacían los realistas desde Chuquisaca disuadieron a su jefe de este propósito quien finalmente decidió continuar la retirada hacia Jujuy.

Belgrano, antes de salir de Potosí dispuso que se pusieran explosivos en la célebre Casa de la Moneda, con la idea de que de ésta manera se causaría un gran daño al enemigo.

Los vecinos que habían recibido la intempestiva orden de abandonar sus viviendas corrían despavoridos sin tener una idea cabal de lo que acontecía. La angustia también se apoderó de la tropa.

Un oficial mendocino del ejército patriota apellidado Anglada, que había sido mayor de la plaza de Potosí y que conocía la operación, fue quien quitó la mecha a la carga de explosivos; con su coraje salvó uno de los edificios más importantes de América Hispana.¹⁵⁹

José María Paz, destacado oficial que llegó a ser general del Ejército argentino, testigo presencial de los sucesos, dice: “Hubo de renunciarse del todo al pensamiento de destruir la Casa de la Moneda y no se pensó sino en continuar nuestra retirada, que era crítica por la proximidad del enemigo, que a cada instante podía echársenos encima y consumir nuestra perdición”.

Con una permanencia de algunos días en Mojo, concluyó la desafortunada estada del segundo ejército argentino, el cual al iniciar su campaña en el Alto Perú contó con ochocientos soldados tarijeños, cuerpo que había organizado Pedro Antonio Flores por comisión que le encomendó Belgrano.

El ejército realista ingresó a Potosí el 21 de noviembre. Arenales, ante la situación que se presentó y sin haber recibido órdenes expresas, aislado y con escaso armamento, decidió trasladarse a Valle Grande con el propósito de mantenerse y coordinar acciones con Warnes. Allí fue bien acogido el 18 de diciembre y su primera tarea fue reorganizar sus tropas incrementadas con los voluntarios que se le plegaron.

En 1813 hubo un acontecimiento de particular resonancia en Tarija: el marqués del Valle de Tojo abrazó definitivamente la causa de la independencia americana.

Belgrano desde Jujuy comunicó al Supremo Poder Ejecutivo que en su retirada de la zona altoperuana, le han seguido muchos ciudadanos que habían hecho gran servicio a la patria con su sacrificio; entre ellos el marqués.

Uno de los que más me ha llenado de satisfacción –decía– ha sido D. Juan José Fernández Campero, ex marqués de Tojo, que abandonando todo por no sufrir la tiranía ha venido a reunirse con lo que ha aumentado el número de los afectos a la Patria, desde Suipacha hasta aquí, pues es querido de todos esos habitantes. Como ha sido coronel en el antiguo régimen, y sin más que su venida ha hecho un gran servicio a la Patria a costa de un gran sacrificio; le he hecho reconocer como tal y nombrándole edecán mío, para de ese modo distinguir a los hombres, estimularlos y que conozcan todos el aprecio que se merecerán si siguen los mismos pasos.

El marqués del Valle de Tojo

Juan José Fernández Campero, cuarto marqués del Valle de Tojo, es una figura importante de la historia de Tarija, donde poseía gran parte de sus propiedades que, desde Tojo que dio origen al nombre de su título, se extendían hasta el actual Norte argentino y llegaban al límite con Chile. En la villa de San Bernardo pasaba prolongadas estadas con participación activa en la vida pública.

Nació en Yavi, actual provincia de Jujuy. Allí fue bautizado a los seis días de su nacimiento el 15 de julio de 1777; hijo de Juan José Gervasio Campero y de María Ignacia Pérez de Uriondo.

Su nombre completo y títulos que ostentaba en sus bandos y proclamas eran: Juan José Fernández Campero Maturana del Barranco, Pérez de Uriondo, Hernández de la Lanza, marqués del Valle de Tojo, vizconde de San Mateo.¹⁶² Estaba relacionado familiarmente con Francisco Pérez de Uriondo y Miguel Martín de Güemes con quienes, según las cartas que intercambiaban, mantenía una cordial y respetuosa relación de parentesco.

La Junta Provisional Gubernativa de 1810 logró su designación como diputado por Orán para que se radicara en Buenos Aires; aparentemente no se deseaba su permanencia en el Norte. Al mismo tiempo, desde Lima, en atención a su linaje, se le instaba a defender el orden tradicional, posiciones que le determinaron a mantener una prolongada indefinición en su accionar político.

Cuando las fuerzas patriotas fueron vencidas en Guaqui, Goyeneche le confirió el nombramiento de jefe político y militar de Tarija, cargo del cual pidió su relevo poco tiempo después de haberlo asumido. Una vez aceptada su renuncia se incorporó a la vanguardia del ejército real que estaba bajo el comando de Pío Tristán.

Cuando esta vanguardia llegó a Salta, Campero fue nombrado gobernador interino hasta que arribara la nueva autoridad designada por Goyeneche, posición de la cual fue depuesto por prisioneros políticos cuando conocieron el triunfo de los patriotas en la batalla de Salta (24 de septiembre de 1812).

En 1814 el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, encabezado por Gervasio Antonio de Posadas, le reconoció el grado de Coronel del Ejército Patriota, y le confió el mando del Regimiento de Milicias Provinciales de Voluntarios de Caballería de Tarija. Luego fue llamado a Buenos Aires donde fue promovido al grado de Coronel Mayor.

En 1815 recibió autorización para retornar a sus dominios bajo el compromiso de luchar en contra de los realistas y contribuir con su esfuerzo y fortuna a los empeños de la guerra emancipadora; así fue creado el Primer Regimiento Peruano que equipó y mantuvo a sus expensas con el cargo de Comandante General de la Puna. De esta manera se convirtió en uno de los ejes de la estrategia del gobernador de Salta D. Martín de Güemes en la lucha en contra de los realistas, estrategia que incluía a Tarija. De la jefatura de campaña también participaba Uriondo. En la Puna el marqués montó dos fábricas de pólvora y una de sables, para apoyar el movimiento de los patriotas.

Con sus tropas hostigó a los realistas. Sus compromisos de guerra le impidieron asistir al Congreso de Tucumán de 1816, donde debía estar presente en su condición de diputado electo por Chichas.

El fin de su vida pública tuvo lugar en Yavi en noviembre de 1816. Fuerzas realistas, que respondían a Pedro Antonio de Olañeta, le sorprendieron y apresaron cuando asistía a misa. Fue conducido a Tupiza y Potosí. Luego un tribunal militar en Lima, donde fue llevado, le condenó a prisión y dispuso la confiscación de sus bienes.

En 1817, Fernando VII con motivo de su nuevo matrimonio promulgó un indulto a favor de quienes hubiesen repudiado su infidelidad; en consecuencia el marqués quedó en libertad, recuperó sus bienes y toda acción judicial resultó extinguida. Volvió a ostentar el título de marqués que había perdido en virtud de la ley argentina aprobada por la Asamblea Constituyente en 1812.

La libertad que se le concedió a Campero no era plena porque se le impidió volver a sus tierras, lo que le obligó a permanecer en Lima. Al año siguiente, Joaquín de la Pezuela, virrey del Perú, decidió exiliar a España a varias personalidades que habían apoyado a los patriotas entre ellos el marqués Campero. No iban en calidad de presos ni a ser sometidos a procesamientos, sino con la orden de residir en la península; es así que se embarcó en El Callao para seguir a Panamá donde pasó más de un año, posiblemente esperaba el barco que le conduciría a España.

El marqués Campero durante este viaje murió en Jamaica. Fue sepultado en Kingston el 28 de octubre de 1820, según una investigación realizada por el historiador Gastón Gabriel Doucet, quien ha llevado a cabo un profundo estudio en varios países sobre el marquesado de Tojo.

El legado de Belgrano

Al jefe argentino se le entregó un premio de 40.000 pesos tras la victoria en Salta, él dispuso ese monto para la construcción de cuatro escuelas: en Tarija, Santiago del Estero, Salta y Jujuy para la educación patriótica y cristiana. El gobierno argentino, cuando lo presidía el general Juan Carlos Onganía, más de un siglo y medio después, honró la voluntad de Belgrano haciendo construir en Tarija un núcleo escolar que lleva el nombre.

BIBLIOGRAFÍA

- Bidondo, Emilio. *Alto Perú: Insurrección, libertad, independencia*. (1989)
- Mitre, Bartolomé. *Historia de Belgrano y la independencia Argentina*. Buenos Aires: La Nación. (1946)
- Paz, José María. *Memorias póstumas*. Buenos Aires: Taller Gráfico de L. Bernard. (1924)
- Saignes, Thierry. *Historia de Cumbay (derrotero de un líder chiriguano)*. Anuario de Archivo Nacional de Bolivia. (1978)
- Sierra, Vicente. *Historia de la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Científica Argentina. (1982)
- Trigo, Eduardo. *Tarija en la Independencia del Virreinato del Río de la Plata*. La Paz, Plural Editores. (2009)